



# La Victoria de Onán

## ALEJANDRO LÁMBARRY

Dejé de masturbarme el 3 de abril del año 2004. Desde entonces me comprometí a llevar una de las vidas más arduas aunque la más plena.

Empecé a masturbarme muy joven, o muy niño; empecé en grande. Arrojava mi semen a toda coladera y taza de baño, lo guardaba en vasos, lo dejaba correr en libretas, paredes, hasta en mi misma ropa interior. Todos esos extremos tachados como increíbles, ni siquiera usados cuando se intenta exagerar la ya de por sí exagerable virilidad, yo los crucé. No deseo sin embargo revelar mis hábitos: hacerlo podría dar pie a la morbosidad y en ciertos casos el tabú es bienvenido. Basta un hecho para describir mi situación: a mis diecisiete años de edad pesaba cuarenta y cinco kilos, medía un metro setenta.

Pero el 3 de abril de aquel año 2004 mi vida dio un vuelco. Me aburría en mi cuarto escuchando música, recobrando fuerzas, cuando de pronto escuché los golpes en la puerta. Precipitándose sobre mi escritorio, Rob abrió su mochila y con la excitación en la mirada sacó un frasco de miel con centenares de espermatozoides ahogados dentro.

Hongos, corrigió Rob, ¡alucinógenos! Una probada de esta miel y te pegas un viaje sin boleto de regreso.

Y así fue. Un viaje que me llevaría a conocer la suficiencia espiritual, misma que ahora me encuentro

transgrediendo. Después de aquellas ocho horas de infinito y espacio, materia con sentido, abstracción con lógica, renací a otra persona. Fuimos al bosque de Orleáns, escalamos una formación rocosa, después de una caminata de varias horas. Llegamos a una cabaña donde al transcurrir de dos días de ayuno, agua escasa y conversaciones intensas, donde Rob me explicaba la fuente de energía que era el semen, probamos la miel. La comparación les parecerá a muchos injusta, de hecho lo es, eso no le quita sin embargo lo cierta. Cuando alguien obedece una disciplina extrema, días de flagelación, meses de vigilia, años de meditación, logra en algún momento, entender. Conoce, como se distingue la diferencia de un líquido a un sólido, a Dios. Lo mismo me ocurrió a mí durante las horas del viaje alucinogénico.

Al año de la experiencia subí diez kilos, recobré un estado de paz equiparable al de la infancia y tuve el valor de ver a una mujer sin temer la subsiguiente reacción. No voy a mentirles: no fue un recorrido fácil. Volteaba la mirada en cada esquina donde hubiera un anuncio espectacular; dejé prácticamente de ver la televisión; no compraba el periódico para no entretenerme en el puesto de revistas; odié como nunca la creatividad de la moda. Salí sin embargo avante. Y pronto fui recompensado.

En el año 2007, terminé la licenciatura de Diseño Gráfico. Inmediatamente después abrí mi propio nego-

cio. Visitaba las diversas galerías del Marais, exposiciones de jóvenes artistas en La Villete, los más alternativos performances de los squats, escribía las reseñas por Internet y cotizaba después la venta de los anuncios. Para la enorme marea de sitios web existentes, la posibilidad de que alguien topara con el mío era la misma que tenía una ballena de tocarse el pene con las aletas. Pero mi destino no estaba atrapado a la rueda del azar. En el término de tres años, mi sitio de Internet se tradujo al alemán y al inglés, para ello abrí una sucursal de reporteros en Berlín y otra en Londres. Logré convencer, entre otros, a Eric Baudart y Jason Martin para que contestaran durante un par de horas mensajes de nuestra página de chat. A los cinco años, cuando pasamos a la imprenta, nadie podía creer haber vivido tanto tiempo sin un semanal de arte. De pronto, toda Europa empezó a usar el nombre de pintores y artistas como antes lo habían hecho con el de cantantes y actores.

No voy a mentirles: me entregué al placer. Mesuraba mis encuentros sexuales a uno por semana y evitaba con espanto las drogas y el alcohol. Sin embargo, más allá de tibias concesiones y engaños conscientes, el mayor peligro fue siempre la dispersión de mi energía. Las religiones lo han enseñado, la sabiduría popular no se equivoca: nuestra única certidumbre es la muerte. No se entienda solamente en su acepción física o ética, la muerte como suficiencia espiritual e independencia energética.

La innumerable posesión de bienes y mi extenso renombre ejercía los mismos efectos de mi antigua imaginación malsana. Pasaba horas admirando toda edición donde se mencionara mi labor de mecenas. Me convertí en comprador compulsivo. Llegué a comprar una cabeza diminuta, producto de los nativos ecuatorianos, por cerca de medio millón de euros. Una prostituta la tomó por una berenjena podrida y la tiró a la basura. Compré otra. Y procuré prostitutas altamente cultivadas, exageradamente caras.

Lo medité durante meses. Concluí que el único camino posible era el de la renuncia, cortar de tajo las relaciones de ocasión, regalar mi colección de arte contemporáneo, borrar mi nombre de la memoria popular. Mil veces, en la agitación de la noche solitaria y en la aflicción de la cama compartida, juré que al amanecer saldría de uno de mis tantos departamentos con el dinero suficiente para una vida sin lujos y sin reconocimiento. Todo fue inútil.

Hoy pues, me detuve en un puesto de revistas. Un periódico basta. La imagen de una cabellera larga o unos labios gruesos pueden enloquecerme hasta el orgasmo. Enciendo el estéreo, corro las cortinas. 3 de abril del año 2004, cuán lejana suena esa fecha, cuán distinto me siento al de entonces. Me espanta la suposición de no reconocermé. La carga, sin embargo, es demasiado pesada.

París 2004.



Felipe Posadas